

EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

15 de junio de 1889

Núm. 85



AL DESPERTAR

UN RATO DE CHARLA

SUPONGO que á estas horas ya muchos de mis camaradas se habrán quitado de encima, hasta el año que viene, el peso enorme de los «exámenes de fin de curso,» *bu* de todos los jóvenes amables, que

al templo de Minerva
dirigís vuestros pasos.

Y ¿qué? ¿Prueba eso que todos los aprobados sepan la *asignatura*? Yo creo que no lo prueba en absoluto: aun recuerdo que en cierta ocasión uno de los más pigres de nuestra clase *sacó* sobresaliente, y otro de los más lucidos apenas si alcanzó un *mediano*.

Es preciso convencerse de que los exámenes no sirven sino para estorbar y distraer del principal objeto de los estudios, que es aprender.

Estimaría, por lo tanto, que si alguno de vosotros llega algún día á ministro (yo no lo seré nunca) me haga el favor de abolir los exámenes de fin de curso y no deje sino dos: el de ingreso (severísimo) y el de final de carrera (terrible). Lo demás es pura fórmula.

Con eso, con alargar dos meses más el curso y con no consentir vacaciones, creo que se llegaría á mejorar un tanto el estado actual de la juventud escolar; poco brillante, aunque no por culpa suya, sino por el pésimo, horrible, detestable, vergonzoso y escandaloso modo como se ha de recibir la enseñanza.

No me meto yo en lo que pasa en la facultad de Derecho: allí con hablar y leer se tiene lo bastante; pero ¿cómo están esas facultades de Ciencias, de Farmacia, de Medicina! De Medicina sobre todo.

Allí no hay nada; allí no se ve nada; allí, fuera de la explicación del catedrático (parte secundaria) no hay instrumental, no hay práctica, no hay experimentación alguna. ¿Disecar un cadáver? ¿Dios lo dé! ¿Verificar experimentos de fisiología y toxicología? ¿Buenos están los laboratorios! ¿Practicar operaciones? ¿Aguárdese V. un poco! De ahí la deficiencia terrible de los conocimientos técnicos, la desvalidez práctica con que se abandona la escuela, el trabajo verdaderamente admirable que ha de hacer el novel

facultativo para estudiar luego y tratar de hacer lo que no ha visto sino en los grabados de los textos.

Estamos inficionados de escolástica y creemos que todo está en los libros, siendo así que el libro es letra muerta cuando no lo aviva la realidad viviente, tangible, experimental.

El Gobierno remedió esta falta decretando programas y más programas, buenos (cuando no son desatinados) para lucir en la *Gaceta*, y obligando á los alumnos de Medicina á que supieran alemán ó inglés.

¡Como si fuera tan fácil ni tan indispensable aprender el alemán ó el inglés! ¿Acaso saben alemán ó inglés la inmensa mayoría de los médicos rusos, eslavos, italianos, griegos, etc.? Y, sin embargo, publican y descubren cosas admirables.

Esto me recuerda, y perdonenme la comparación, la medida que dictó una vez cierto director *de penales* para remediar la falta de alimentación y de vestuario de que padecían los presidiarios: dispuso, pues, aquel Séneca, que se les administrase ¡agua ferruginosa!

Y lo que había que administrarles, ó suministrarles, era más rancho, y mejor, y pantalones.

En todo es así nuestra sabia administración: en todo, en todo, en todo.

No hay quien ignore que no tenemos marina. Pues bien: si no tenemos barcos, poseemos en cambio ciento treinta señores generales navales.

No habrá quizás en todas las escuelas de Medicina un laboratorio medianejamente presentable, pero en cambio eche V. catedráticos y facultades. El único bueno, magnífico, que existe, es el de Ferrán, y no es del Gobierno; y, después de aquél, algunos de carácter particular.



La niña aplicada

Fijándonos en otro orden de estudios, ahí tenemos la *Escuela de Bellas Artes*. Vayan Vds. á ver la de París y se quedarán bizcos con aquel palacio suntuosísimo. Vayan Vds. á ver la de Madrid y se hallarán con que en la sala de dibujo del natural «el aire apenas se renueva y la atmósfera adquiere muy pronto una densidad tal... y una temperatura tan elevada, que la respiración se hace casi imposible.» Una noche en que sólo había encendidos la mitad de los mecheros y estaban presentes veintiocho alumnos, el termómetro señalaba 40° C.

Y así anda todo.

En España no se atiende sino á los politicastos y sólo preocupan los *problemas* de la nómina. En lo demás es majadería ocuparse.

Por eso hacemos tan lucido papel cuando nos aventuramos á presentarnos en el extranjero, donde sólo podemos enseñar toreros y cantadoras.

De seguro que, si volviera á crearse una escuela oficial de Tauromaquia, se echaría la casa por la ventana en punto á material de enseñanza.

A la verdad, yo no he visto un país más sin ton ni son: somos *pauperrimos*, y cuando en ninguna parte se les hace caso á los tenores á miles de duros por función, aquí les recibimos en palmas y les tenemos todo el año.

Se viste con un lujo y una carestía que no se ve (¡qué ha de verse!) en Londres, ni en Viena, ni en Berlín; y en cambio vaya V. á ver lo que se come.

Hay cuestiones importantísimas, como la de enseñanza, como la de ese oprobio que se llama la situación de los maestros, como la de la emigración, como la del régimen penitenciario... Y ¿qué les parece á Vds. de los planes del general Cassola? ¿Qué opinan Vds. de la formación del tercer partido? ¿Qué les pareció el discurso del insigne D. Facundo Valentín Pérez y Pérez?

Eso nos preocupa, y así vamos haciendo la gran *degringolade*.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



ECLIPSES

HABLEMOS hoy de ese curioso á la par que imponente fenómeno que de vez en cuando ofrece á nuestra admiración el mundo sideral.

La palabra *eclipse* se deriva de la griega *eclipseo*, desfallecer, faltar, porque el eclipse sólo es la falta ó privación de luz de un cuerpo celeste luminoso que nos es dado percibir, por la interposición de otro cuerpo opaco entre aquél y nosotros.



Poco generoso

Este fenómeno astronómico, tan comprensible hoy día por su fácil explicación, dió mucho que discurrir á los hombres de ciencia de la antigüedad, siendo á la vez objeto de espanto y terror de muchos pueblos, como subsiste siéndolo todavía en algunas tribus salvajes en las cuales no ha penetrado aún la luz de la civilización.

Los eclipses de sol son debidos á la interposición de la luna entre el astro rey y la tierra, y los de la luna á la interposición de la tierra entre la luna y el sol, privándola total ó parcialmente de la luz de éste.

A los prodigiosos adelantos de la astronomía débese que pueda calcularse al presente, con exactitud maravillosa, cuantos eclipses han acaecido, y los que sucederán por orden natural en la serie de los tiempos.

Uno de los períodos más exactos que se conocen para determinar el retorno de los eclipses es el de Pingré, de 521 años, pasados los cuales se supone vuelven á suceder los mismos en igual día, hora é instante; por manera que los

eclipses acaecidos en 1860 volverán á percibirse en 2381, en 2902, en 3423, y así sucesivamente.

Los eclipses más notables son los de sol y los de luna. Los del sol pueden ser parciales, totales, anulares y centrales: parciales cuando la luna oculta una sola parte del disco solar; totales cuando, superando el diámetro aparente de la luna al del sol, oculta enteramente el disco de este astro; el eclipse anular es cuando la luna se proyecta enteramente sobre el disco del sol, quedando descubierto por sus bordes un anillo luminoso; y, finalmente, el eclipse central es aquel en que el observador se halla en el centro de la sombra de la luna y del sol.

El eclipse de sol no puede ser universal, porque la luna no tiene suficiente extensión para privarlo de la vista de todos. Los de luna divídense en parciales, totales y centrales: parciales cuando su disco penetra sólo en parte la sombra de la tierra, totales cuando todo el disco entra en la sombra te-

rrestre, y centrales cuando su centro coincide con el mismo eje del cono de la sombra.

Hemos apuntado ya que, antes de que la astronomía hubiese manifestado á los hombres la causa natural de los eclipses, eran éstos objeto de gran consternación para unos, y origen de mil augurios y conjeturas para otros. Filósofo hubo que sostuvo que el sol y la luna tenían un anverso luminoso y el reverso oscuro, y que



La luna

el eclipse era resultado de su movimiento; pues, según miraban los grandes astros hacia la tierra, se producía la luz ó la sombra, como no podía menos de ser. Otros opinaban que los cuerpos celestes se iluminaban ó extinguían según ciertas circunstancias que acaecían periódicamente. Los sacerdotes de Grecia atribuían los eclipses de la luna á las visitas que Diana (la luna) hacía á Endimion. Asimismo se suponía que los magos de Tesalia tenían el poder, por medio de sus encantamientos, de atraer la luna á la tierra; y con el fin de evitarlo promovían estrepitosas algazaras para que de esta suerte no oyese sus conjuros. Esta idea parece que la implantaron los egipcios, los cuales, como es sabido, veneraban á Isis, símbolo de la luna, haciendo mucho ruido con címbalos, sistros y otros instrumentos típicos en aquel país.

Tales de Mileto fué el primero que tuvo conocimiento de las causas de los eclipses y el que los predijo. Plutarco asegura que en su tiempo nadie se atrevía en Roma á explicar sino en secreto la causa natural de los eclipses, porque habría perjudicado extraordinariamente al colegio sacerdotal de los augures y adivinos, los cuales fundaban sobre ellos todo el saber de su imaginaria ciencia.

Anaxágoras, contemporáneo de Pericles, que murió en el primer año de la Olimpiada 68, fué el primero que escribió con claridad sobre las diversas fases y eclipses de la luna; cuya empresa, según Plutarco, fué atrevidísima, como que le acusaron de que intentaba descubrir con sacrílega curiosidad los secretos de los dioses.

Los más famosos guerreros de aquella remota época perdieron á veces decisivas batallas por el temor que sobrecogía su ánimo y la consternación que se apoderaba de sus ejércitos si en el momento de entrar en pelea percibían los efectos del eclipse. El mismo Alejandro, antes de la batalla de Arbela, se amedrentó por un eclipse de luna, y mandó hacer sacrificios al sol, á la luna y á la tierra como deidades que le dejaban sentir sus rigores. Mientras Pericles conducía la flota de los atenienses, sobrevino un eclipse de sol; y tal terror se produjo entre los tripulantes, que hasta el mismo piloto se echó á temblar. Pericles tomó entonces una punta de su paludamento ó manto, y, poniéndosela ante los ojos, le dijo:

—¿Crees tú que lo que estoy haciendo ahora sea señal de alguna desgracia?

—Ciertamente que no,—respondió el piloto.

—Con todo,—añadió Pericles,—este es un eclipse para ti, y no se diferencia de aquel que has visto sino en que, siendo la luna más grande que mi manto, esconde el sol á mayor número de personas.

Los generales romanos, conocedores de las causas y de cuando habrían de suceder estos fenómenos, se sirvieron algunas veces de los eclipses para poner freno á sus ejércitos ó para alentarlos en ocasiones graves. Tácito, en sus *Anales*, habla de un eclipse del que se valió Druso para atajar una violenta insurrección estallada en un cuerpo de ejército de su mando. Con más reciente posterioridad, los descubridores de las Américas recurrieron algunas veces á sus conocimientos astronómicos para enfrenar á la chusma de sus bajeles cuando manifestaban desconfianza hacia los que la guiaban; y, ya efectuada la conquista del Nuevo Mundo, los vaticinios de los eclipses fueron uno de los recursos más decisivos á que recurrieron los descubridores para presentarse como seres verdaderamente extraordinarios ante los pueblos salvajes.

BENJAMÍN



EN LA CULPA VA EL CASTIGO



PEPITO era un niño travieso y vivaracho, hijo único de sus padres, quienes, por quererle mucho, le tenían prohibido que jugara lejos de ellos y de la casa paterna, y, sobre todo, que saliera al campo; porque, lo que ellos decían: el campo, para los niños inexpertos, está sembrado de peligros.

Una hermosa tarde de otoño, después de almorzar, cuando su padre hubo salido un rato al casino del pueblo, Pepito dijo á su madre:

—Mamá: ¿me dejas ir á la calle á jugar con otros niños?

—¿No te encuentras bien en casa, pillastrón?

—Sí, pero Emilito y Luis, que están abajo, me han llamado al asomarme á la ventana. Hoy es domingo, mamita. Me dejas, ¿verdad?

No hay flaqueza como la del corazón, ni corazón como el de una madre para su hijo. La de Pepito, dándole un beso, dijo al suyo:

—Anda con Dios, arrapiezo; pero jugad sin lastimaros: no os mováis de abajo, y cuidadito con la ropa, que hoy has estrenado el traje.

Pepito, sin esperar á que se lo dijeran otra vez, cantando y silbando, bajó las escaleras de cuatro en cuatro y fué á reunirse con sus compañeros, que le aguardaban en la calle. Los tres niños empezaron á jugar al trompo; pero poco después, como les cansase el juego, dijo Emilito:

—¡Vaya una tarde hermosa! Si fuéramos á dar un paseo por el campo nos aburriríamos como aquí. ¿Queréis?

Luis, que era hijo de un rico hacendado, añadió al punto:

—¿Vamos á nuestra heredad? Hay unos higos dulces como el arropo, y podremos coger cuantos queramos, porque son de mi papá.

—¡Sí, sí, vamos!—dijo Emilito alborozado.

A Pepito, sólo de pensar en los higos se le hacía agua la boca; pero, recordando el mandato de su madre, no se atrevió á decir palabra.

—Anda, vente,—le dijeron.

—¿Está muy lejos vuestra heredad?—preguntó á Luis.

—Una hora escasa. Son las dos: á las tres llegamos, comemos higos y pasamos hasta las cinco; á las seis estamos de vuelta, y, como vosotros no cenáis hasta las ocho...

Pepito quiso subir á pedir permiso á su mamá; pero como Emilito y Luis le hicieron burla, tuvo la culpable debilidad de seguir á sus compañeros.

Los tres niños, guiados por Luis, que era el mayor y el más travieso, emprendieron á pie el camino de la heredad. En él se encontraron con muchos carros y caballerías, que, cargados de cestos y aportaderas repletas de uvas, fruto de la vendimia que á la sazón se verificaba, más de una vez estuvieron á pique de aplastarlos. Los carreteros y mozos de labranza, al pasar, los mi-

raban con atención, como extrañados de ver á tres niños bien vestidos alejarse tanto de la población sin una persona mayor que les acompañara.

Al fin llegaron sin tropiezo á la heredad, saltando y brincando como saltamontes.

—Aun no han vendimiado: aquí hay uvas,—dijo Emilito.

—Podéis coger cuantas queráis: todas son de mi papá,—respondió Luis.

—¿Y tu papá no dirá nada?

—Me refiría si lo supiera, pero vosotros no se lo diréis.

—Seguramente.



Ama á tus enemigos

—¿Y es muy grande esta heredad?—preguntó Pepito.

—¿Ves aquella colina?

—Sí.

—¿Y allá una cortadura?

—También.

—¿Y al otro lado unos marjales?

—Sí que los veo.

—Pues hasta esos puntos llega la heredad.

—¡Qué grande! ¡Vaya una felicidad la vuestra! Mi papá no tiene nada de eso.

—Pero tiene una fábrica de paños.

—Sí, de paños que no se comen como las uvas.

—Pues á comerlas, á comerlas ahora que las tenemos á mano,—repuso Emilito.

Y, sin encomendarse á Dios ni al diablo, los tres niños empezaron á ven-

dimiar por cuenta propia las vides más cargadas de racimos. Esas quiero, esas también, se llenaron de uvas el buche, hasta que Pepito dijo á Luis:

—Y esos higos que saben á arrope ¿dónde están?

—Allá, en aquella higuera: ¿la ves? Es muy grande y tiene á poca distancia otra más chica.

—Sí, pero hay un hombre en ella... Parece que nos observa.

—¡Quiá! ¡Si es un espantajo para que los pájaros no se coman los higos!

—A nosotros no nos espantará: ¿verdad?

—Nosotros no somos pájaros, sino niños.



El cordero

—Pues ¡á la higuera! ¡á la higuera!... ¡Abajo los higos!... ¡Tre... tarré... tre!...

Y simulando con la boca el paso de ataque tocado por una corneta, se lanzaron los tres hacia la higuera. En un decir Jesús se hubieron encaramado á las ramas más altas, y comenzaron á hacer con los higos lo mismo que poco antes hicieran con las uvas. Luego anduvieron al azar por la posesión, sin apenas saber dónde estaban ni á dónde se dirigían, persiguiendo á los saltamontes y mariposas, y matando lagartijas á pedradas. Tropezaron después con un arroyuelo cristalino, y, como la sed les acosase, ignorantes del refrán que dice «sobre brevas, agua no bebas,» bebieron con el poco juicio y también con la fortuna de sus cortos años, pues no deja de ser una verdad que, como suele decirse, «Dios protege la inocencia.» De repente,

—¡Allí hay un almezo!—gritó Luis extendiendo el brazo.

Pepito y Emilito siguieron con la vista la dirección marcada por el brazo

de Luis, y vieron, en efecto, sobre un pedregal circundado de maleza, alzar-se, esbelto y gallardo, el árbol susodicho.

—¿Tendrá almezas?

—Debe de tenerlas, porque ayer las vendía un chico en la plaza del pueblo.

—Si hubiera aquí cerca caña verde, haríamos cerbatanas con los penachos para luego divertirnos arrojando huesos de almeza á las orejas de las comadres.

—Allá abajo veo un cañaveral,—gritó de pronto Emilito.



El crepúsculo

—¡Calle, y es verdad! Todo nos sale á pedir de boca. Vamos por las cerbatanas.

—No,—objetó Luis;—antes al almezo, al almezo: ¿de qué nos serviría el arma sin municiones?...

—Dices bien: vamos á cogerlas.

Los niños se dirigieron hacia el pedregal donde crecía el árbol. De pronto, deteniéndose con timidez, dijo Pepito:

—Pero... Luis: ¿es también de tu papá el almezo?

—La tierra que ves al otro lado de la maleza es del vecino; pero el árbol crece al margen de ambas heredades, y, por lo tanto, pertenece á ambos dueños. Además, la almeza es una fruta que sólo aprovechamos los niños, y nadie ha de castigarnos por cogerla.

—No se puede pasar,—dijo Emilito, retrocediendo ante la espesa maleza que se alzaba junto al árbol.

—Por el otro lado se puede llegar bien.

—Sí, pero hay que meterse en la tierra del vecino.

—¿Qué importa eso? No hacemos daño alguno. Luego, por dar ahí unas zancadas, nadie nos verá; y si nos vieran, ¿qué podrían decirnos?

—A ello, pues.

Los niños dieron un rodeo, dejando en medio el pedregal; entraron en la tierra del vecino, que estaba recién labrada y sembrada de trigo, y tan blan-

da que los pies de los muchachos se hundían en ella hasta el tobillo. De esta suerte abordaron el almezo, encaramándose á él, no sin dificultad, como antes habían hecho con la higuera.

—¡Qué negras! ¿Cogéis muchas?—gritaba alborozado Luis.

—Yo ya me he llenado los bolsillos,—respondió Emilito.

—Y yo el seno,—añadió Pepito.

En esto oyeron, allí cerca, unos ladridos agudos y penetrantes. En la



El pato ahogado

tierra del vecino, á unos cincuenta metros del almezo, alzabase un pajar al aire libre, en forma de cono truncado. Sobre él dormitaba un pardo gozquecillo, el cual, atraído por la algazara de los muchachos, empezó á ladrar furiosamente. Poco después un guarda rural, con la escopeta al hombro, saliendo del otro lado del pajar, dirigióse hacia el almezo. Pepito fué el primero que le vió y se puso á gritar:

—¡Un guarda! ¡Un guarda!... ¡Somos perdidos!

Al mismo tiempo, en un santiamén, se deslizó del árbol al suelo, si con fortuna de sus huesos, no sin detrimento de sus ropas, pues al flamante pantalón le cupo en suerte un siete que dejaba al descubierto la parte posterior del muslo hasta muy cerca de la corva.

(Se concluirá)

JUAN TOMÁS SALVANY

* NUESTROS GRABADOS *

AL DESPERTAR

La hermanita ha tomado en brazos al chiquitín así que ha abierto sus ojos á la luz del día, y le colma de caricias, deliciosamente correspondidas, mientras llega la mamá, que va á proceder á la toilette del arrapiezo. El dibujante, sastre, que, á lo que se ve, conoce el paño, no ha omitido ningún detalle para presentar la escena en toda su verdad.

LA NIÑA APLICADA

Emilia es la niña más aplicada de todo el barrio: apenas raya el día, despiértase, y antes de almorzar estudia alguna de sus lecciones, ocupando sus ratos de ocio en lecturas amenas. Por esto la citan como un modelo de aplicación, y por eso la quieren tanto sus padres.

POCO GENEROSO

Felicia tenía cinco años, y su hermano Juanito solamente tres. Cierta tarde, cuando se le dió su merienda, la niña, que tenía mucho apetito, comió su parte en pocos momentos; y, al ver que á su hermano le quedaba aún mucha de la suya, dijole, mirando con avidez el plato:

—Tú deberías invitarme ahora, porque está feo que tú comas y yo no. Bien podías ofrecer un poco á tu hermana.

—A ti te han dado tu ración,—contestó el niño, grave como un juez;—y si no hubieras comido con tanta ansia, aun te quedaría. Tal vez hayas ido tan de prisa para comerte también lo mío; pero te llevas chasco. Si tienes más gana, espera la hora de cenar.

Felicia comprendió que su hermano tenía razón, pero también pensó que su hermanito era poco generoso.

LA LUNA

—¿Qué es la luna, papá?

—Es un bote de plata que flota en el cielo azul entre grandes islas de nubes. Un remero invisible la conduce con seguridad desde la una á la otra orilla, y es Aquél á quien debéis respetar ante todas las cosas, porque un día os llamará á sí para pedirnos estrecha cuenta de vuestros actos.

AMA Á TUS ENEMIGOS

Lindoro es un perro de caza, de esos que llaman de muestra. Tiene el pelaje muy suave y se distingue por su maravilloso instinto. Es además muy manso, y tolera pacientemente las molestias que le causa el hijo de su amo, Guillermo, que es muy travieso.

Cierta día, el chico, después de jugar largo rato con *Lindoro*, y cuando éste se había echado para descansar, tuvo la ocurrencia de llenar una manga de agua y arrojar el líquido al pobre animal, que, sin impacientarse, miró al muchacho con ojos de tristeza, como si le reconviniese.

El padre de Guillermo, que observaba aquella escena, llamó á su hijo y reprendióle, haciéndole comprender de tal modo su mala conducta que el chico no volvió á molestar más al perro y le trató en adelante con la mayor bondad.

EL CORDERO

Cierta día, un hombre que llevaba un cordero, lo arrojó por encima de la cerca del jardín de la casa donde vivían Carlitos y Mariana. El pobre animal, con las extremidades anteriores fuertemente ligadas, permaneció en tierra balando tristemente.

Cuando llegó á casa el papá, fué al jardín al oír que le llamaban los niños, y, después de escucharles sonriendo, cortó las cuerdas que sujetaban al cordero. Habíalo comprado para Carlitos, y dijo á éste que le diera un poco de yerba para comer.

A las pocas semanas se había domesticado mucho y corría detrás de los niños, embistiéndoles en broma hasta que le daban algo de comer. Cierta día, corriendo tras Carlitos, arremetióle con la cabeza baja y le derribó en tierra. El cordero no hacía esto sino para jugar; pero papá temió que algún día ocasionara cualquier disgusto, y vendió el animal, con gran sentimiento de Carlos.

EL CREPÚSCULO

Del crepúsculo las sombras
invaden prado y colina;
conduciendo sus ovejas
la pastora se retira;
en la espesura del bosque
no cantan las avecillas;
el silencio ha sucedido
á los rumores del día;
y sólo de vez en cuando
llega en alas de la brisa
el murmullo de las aguas
que bañan la fresca orilla.

EL PATO AHOGADO

Dos patitos blancos que vivían en un estanque llamaban siempre la atención de los niños de una casa inmediata, que se complacían en contemplar sus graciosos movimientos, admirando su facilidad para nadar y envidiosos de no poder hacer ellos lo mismo. Cuando uno de los patos sumergía su cuello debajo de la superficie del agua, los niños temían que se ahogase; pero, como siempre volvía á sacarle, al fin dejaron de inquietarse cuando el ave se zambullía. Cierta tarde, sin embargo, uno de aquellos patitos, persiguiendo á un pececillo, desapareció en el agua y ya no volvió á salir. Los niños, después de esperar largo rato, é inquietos esta vez, dieron la vuelta al estanque, y no tardaron en ver al patito inmóvil, con el cuello cogido entre unas plantas acuáticas. La pobre ave se había ahogado á pesar de su habilidad en la natación.

ADEL Y LEÓN

Cierta día *Adel* entró en la cocina, saltó á una silla, cogió un pedazo de carne de encima la mesa y alejóse presuroso.

Pepito y Alicia corrieron detrás, llamándole á gritos; pero no se detuvo hasta llegar al pie de un árbol donde estaba un perro grande echado, con una pata ensangrentada, y al parecer desfallecido de hambre. Al divisar á *Adel* comenzó á menear la cola, como si comprendiese que su compañero le iba á dar el pedazo de carne.

—*Adel* no coge ratas,—dijo *Elvira*,—pero bien se ve que es un animal de muy buenos sentimientos.

Pepito colocó el perro grande en un pequeño carretón que había allí cerca, y condujóle á casa, donde le curó la herida cuidadosamente.

Este perro será mío,—dijo el chico,—y le llamaré *León*, porque me parece que ha de ser intrépido.

El perro grande se restableció pronto, y, así como *Adel*, tampoco cazaba ratas, pero servía para algo mejor. Cierta noche el padre de Pepito despertó al oír ruido en la escalera, y al bajar vió á *León* sujetando á un hombre por la garganta: era un ratero que se había introducido para robar.

—Ya ves,—dijo Pepito á su hermana,—cuánto más vale mi perro: al menos es un buen guardián de la casa.

—Sí,—contestó *Elvira*;—pero si no hubiera sido por *Adel* no lo tendríamos aquí.



LO QUE CONTÓ UNA GOLONDRINA

(Continuación)

—Venía,—dijo saludando tímidamente,—venía para ver si... si todo marcha bien.—Y señalaba á Bernardo.

—¡Su voz! ¡Oh! Hacedle ensayar,—dijo Ruth abriendo vivamente el órgano.—Acompañadle uno de los motetes que tendrá que cantar esta mañana.

Jaime se sentó, y su rostro tomó una expresión de tranquilo entusiasmo



Adel y Leon

así que hubo puesto los dedos sobre el teclado. Tocó algunas notas con aire tan sencillo como bello, y Bernardo cantó las palabras del motete en cuestión.

Era una voz singularmente dulce, justa y penetrante. Ruth le escuchaba, respirando apenas y mirando ávidamente á Jaime para ver si estaba satisfecho. Sonrióse él en signo de aprobación, y Bernardo cantó el largo *Amén*, mientras ceñía tiernamente con su brazo el talle de su hermana.

No sabía Ruth cuán inadvertido pasaría aquel grande acontecimiento tan importante para ella, y Jaime se guardaba bien de desengañarla. Ya había conocido él este desconsuelo: él también había cantado en el coro de la capilla de la catedral. Algunos años antes había sido notado y admirado por la belleza de su voz. Cantaba con toda su alma, porque la música era la pasión dominante de su vida: la estudiaba con ardor, y la sabía á fondo. No tenía ninguna otra grande facultad, pero poco á poco la fama de su voz se esparció por la ciudad y todas las cercanías. Jaime era muy dichoso. Pero hé aquí que al fin de un verano extraordinariamente caluroso estalló una epidemia en la ciudad.

Una de las primeras víctimas de la plaga fué el objeto de la adoración de Jaime: era uno de los principales cantores del coro de la catedral. Tenía una

voz de tenor tan dulce y tan triste, que se iba derecha al corazón de todos los que lo oían cantar.

Jaime tenía por él una especie de culto: una sonrisa ó una palabra benévola le hacía dichoso por el resto del día. Para la gente, en general, el grave y laborioso librero no tenía de notable sino su bella voz. Para Jaime era «nuestro tenor» y el héroe de todos sus sueños.

Enternecido y divertido por aquella devoción del jovencito, el cantor era bueno para con él. Cuando cayó enfermo, Jaime quiso absolutamente cuidarlo: allí permaneció, tan fiel como torpe, hasta la muerte de su amigo.



Adel y León •

Entonces el pobre Jaime cayó enfermo á su vez. Estuvo de mucho peligro, y durante todo el tiempo de su enfermedad hablaba, en su delirio, de escalas cromáticas y de solos en re menor, tanto que su pobre madre no sabía cómo quietarle.

Curó, pero su voz había desaparecido. Jaime no volvió á cantar ya nunca más en su querida catedral. Fuése muy triste á casa de sus padres, á una casa de campo de las montañas. Su puesto entre los niños de coro quedó vacío y pronto se olvidó su nombre. Nunca hablaba del asunto, pero su amor apasionado por la música no cedió en lo más mínimo aunque no encontrase de nuevo su voz.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA